

tantas y tan divinas creaciones al arte, la modestia entra por mucho en ese tipo, no fuese más que como sombra para hacer resaltar las dotes sobresalientes, los vivos toques de luz. *Magna virtus castitas*, ha dicho acertadamente San Bernardo; *sed magis necessaria humilitas*¹; y aun para la misma belleza de la virginidad es necesaria la humildad de corazón. En efecto, mis amados hermanos, no hay belleza sin orden, ni orden racional sin humildad.

10. La humildad, ó sea la modestia del espíritu, no es otra cosa que el sentimiento íntimo y sincero de la propia nada, es la verdad en el sentimiento de nosotros mismos. La hinchazón del espíritu, el vano aprecio de sí mismo, el abultamiento de las formas con perjuicio de lo substancial, la soberbia, en suma, es el desorden del ser humano, porque es el trastorno de sus leyes constitutivas. Porque ley fundamental de la criatura es la sumisión, la dependencia del Criador: la inteligencia finita invoca á la inteligencia soberana; el corazón creado aspira al Bien increado, y por tanto la belleza de la criatura, como débil reflejo, debe inclinarse hacia su origen, hacia el foco supremo de toda beldad y perfección. Mas no lo entiende así el orgullo que aspira á los honores de la supremacía independiente, proclamando la autonomía de la razón y aun de la carne. ¡Monstruosa presunción la primera! ¡asquerosa autocracia la segunda! Monstruos, no obstante, vivientes en nuestra época de pleno naturalismo.... En tanto que la razón humana, infatuada con sus triunfos en la esfera de lo natural, proclámase reguladora y soberana en todas direcciones, en la acción y el pensamiento,

¹ S. Bern.

en filosofía y en moral, en lo privado y en lo público, la carne, por su parte, aspira, por el triunfo del sensualismo práctico, á conquistar las adoraciones del corazón y el culto pagano de los sentidos. La razón quiere imponerse; la carne, corromper: una y otra pretende la apoteosis, como en los tiempos del antiguo paganismo, renovados en época moderna. Tal es, hermanos míos, el desorden monstruoso del orgullo. Semejante desorden tiene que producir lógicamente la ruina de la verdad estética, la falsificación de la belleza moral. Reaparezca la humildad en la ciencia, en las costumbres y en el arte mismo, y brillará con todos sus encantos naturales y sobrenaturales la belleza.

11. Así es precisamente cómo brilla en el semblante y persona de María en esa dulce advocación del Carmen, que hace resaltar, con la expresión de la humildad más honda y genuina, la belleza de la más pura de las vírgenes. ¿No la veis? Sin aires de grandeza, sin afectación de ningún género, la más hermosa y excelsa de todas las criaturas está diciendo con los labios, con el corazón y el semblante: *¡Ecce ancilla Domini!*¹, ó, lo que es igual: *Magnificat anima mea Dominum*², porque solamente á la humildad le es dado entonar el *Magnificat*. Engrandeciendo á Dios, enáltécese á sí propia: el cántico de las divinas alabanzas tórnase en himno de las grandezas de María. *Fecit mihi magna qui potens est*³. ¡Misterioso poder de la humildad! Candor más deslumbrante que la nieve, modestia más fragante que el nardo del Carmelo: he ahí la belleza singular de Nuestra Señora del Carmen.

¹ Luc. 1, 38.

² Ibid. v. 46.

³ Ibid. v. 49.

II.

12. ¿Quién podrá pintar la gloria de su real maternidad? Entre todas las prerrogativas que, cual piedras preciosas en la diadema de una reina, brillan en la corona de la maternidad humana, ninguna tan espléndida como la que podemos llamar dignidad de la madre. Es una prerrogativa especial que no se encuentra en otra parte. Es todo lo que se designa con ese concepto, y algo quizás indefinible. Es la fortaleza de la mujer típica, descrita con mano guiada por el Espíritu Santo en el capítulo 31 de los Proverbios. Por ella sus hijos la aclamaron mil veces dichosa, su esposo la colmó de alabanzas, viéndose él mismo rodeado de atenciones y respetos en medio del senado de su pueblo. Y no es aquella una joya postiza, sino una dote natural. Sólo que no todas las madres la poseen igualmente, porque no todas las que llevan ese título, tienen plena conciencia de lo que son y lo que valen. En María, y sólo en ella, tiene su lleno la conciencia de la maternidad, porque á ella sola *se le ha dado la hermosura del Carmelo: «Decor Carmeli et Saron» junto con la blancura del Líbano*¹. La madre del pueblo cristiano, Nuestra Señora del Carmen, cobija con su pardo manto á la humanidad entera, y al efecto lo divide en tantos abrigos cuantos son los sagrados escapularios que María reparte entre sus domésticos, como vestidos dobles, hechos para resistir el rigor del invierno de esta vida de infinitas miserias². Por otra parte su semblante está diciendo á gritos: *¡Ecce mater tua!*³

¹ Is. 35, 2.

² Omnes domestici eius vestiti sunt duplicibus (Prov. 31, 21).

³ Io. 19, 27.

Aquí tenéis á vuestra madre. Madre solícita: la madre es la providencia del hogar. Madre poderosa por el amor: el amor es la fuerza que todo lo avasalla. Madre compasiva y misericordiosa: llorar y enjugar lágrimas es la dulce misión de la maternidad. Solitud, poder, clemencia: he ahí los atributos de la dignidad maternal, á que responden, por parte de los hijos, sumisión, respeto, amor; noble tributo que hace de la madre una amable soberana, una reina que tiene en su poder los corazones.

13. La solitud de María ¿á qué no se extiende, amadísimos oyentes? Sin duda que abarca á todos los hombres, y se dilata en todas direcciones, porque Jesús le ha señalado por hijos de su ternura á todos los miembros de la gran familia humana, sin excepción, representados en Juan junto á la cruz. *In Ioanne intellectimus omnes, quorum Beata Virgo per dilectionem facta est mater*, dice el piadoso y doctísimo San Bernardino de Sena. Y el gran San Bernardo atestigua que María ha extendido siempre su solitud maternal á todo el género humano¹. Mas no por esto se ponga en duda que tiene hijos de predilección, hijos merecedores de su especial afecto; y éstos ¿cuáles han de ser sino los que forman la *Orden de Nuestra Señora*, los hermanos del Carmen, los que se honran de vestir su preciosa librea? «Vence María en amor á los que la aman», dijo San Ignacio mártir²; y de ahí que, como la Mujer fuerte, no se dé reposo de día ni de noche, atenta siempre á aliviar la suerte de sus hijos, siempre pronta á socorrerlos en sus necesidades y peligros. Así lo ha

¹ Constat pro universo genere humano fuisse sollicitam (S. Bern.).

² Semper Maria cum amantibus est amantior.

prometido á sus hermanos del Carmen: «En todas las tentaciones de la vida tengo de prestarles eficaz y presto auxilio.»¹ ¡Pobre vida humana, tan llena de aflicciones, tan fértil en espinas de pesares! Cada edad tiene sus ayes, cada estado sus quebrantos, cada situación sus riesgos.... Porque el hombre nacido de mujer, como exclamaba Job, no viene hoy sino para desaparecer mañana, y en tan breve plazo se ve abrumado de miserias². Y, si grandes son los riesgos que por doquiera cercan la vida temporal, mayores y de infinita más trascendencia son los riesgos de la vida eterna. ¡Ah! La vida eterna: ésta es la única esperanza, el único verdadero porvenir del peregrino, desterrado á la mansión del dolor. ¡Ojalá no estuviera erizado de peligros el estrecho camino que conduce á la vida!³ Pero, á Dios gracias, María acude á todos los puntos donde se libra el combate de muerte ó vida eterna: María lleva sus auxilios de salvación á todas partes, lo mismo á la alcoba del moribundo que al campo de batalla donde agonizan los heridos; así al alta mar donde tiemblan los marinos y perecen los náufragos, como al oscuro rincón donde solloza el desvalido huérfano y oculta sus lágrimas la pobre viuda.... ¿Qué fuera del hombre sin la solicitud de aquella Madre?

14. Consideremos ahora su poder. Éste se ostenta invencible allí precisamente donde campea la flaqueza humana, donde el poder de los grandes de la tierra se reduce á polvo: esto es, en las postrimerías de la vida, cuando parecen agotar sus esfuerzos en titánica

¹ Præsens in omnibus vitæ tentationibus auxilium (Offic. B. M. V. de M. Carmelo).

² Job 14, 1.

³ Matth. 7, 14.

lucha los enemigos jurados de nuestra salvación. María no faltará á su promesa, hecha á sus fieles carmelitas, de darles el laurel de la victoria en aquel supremo combate de la vida: *In ultimo vitæ luctamine victoriam*. ¡Qué lucha, hermanos míos! ¡qué desigualdad de fuerzas entre los combatientes! ¡tánta debilidad por parte del hombre! ¡tánta avilantez y osadía por parte del demonio¹, sabiendo que aquel momento es decisivo! Aquí es, pues, donde va á desplegar toda la energía de sus auxilios nuestra buena y valerosa Madre. Sí, valerosa, porque tal es el carácter del amor maternal: *Fortis est ut mors dilectio*², como se ha repetido mil veces. Hasta en el reino del instinto donde no impera sino una sombra de amor, ó sea, la inclinación ciega al bien sensible, admirad los prodigios de fortaleza que ejecuta el amor de la madre á sus hijuelos: mirad á la leona embravecida defendiendo del arma del cazador sus cachorros; al ave doméstica (con la que no desdeñó compararse el mismo Cristo, para pintar su cariño de Padre)³, desplegando, frente á frente del pirata de los aires, un valor superior á su naturaleza en presencia del peligro que amenaza á sus polluelos. Mirad á éstos ¡cuál se acogen al seguro de las alas maternas! Y ¿no nos acogerá María bajo el manto de su omnipotencia, cuando nos viere acobardados en el trance de la muerte por el silbo del infernal milano? María poderosa, no sólo como madre, sino como reina de todas las jerarquías de la creación, no necesita hacer alarde de poder para acudir al socorro del hijo, puesto en duro trance por la carga espantosa de sus fieros enemigos. Pero ¿quién no tiembla, hermanos míos, al medir con la

¹ Apoc. 12, 12.

² Cant. 8, 6.

³ Matth. 23, 37.

consideración la terrible grandeza de esa lucha formidable? ¿Quién no se estremece al meditar en aquellos momentos de la agonía, solemnes como la campanada que la anuncia á los fieles, patéticos como el toque de plegaria? No temáis, sin embargo, ¡oh devotos hermanos del Carmen! Aunque una legión entera de infernales espíritus milite contra vosotros, con vosotros está María, cuyo solo nombre es terror á los demonios: *terribilis ut castrorum acies ordinata*¹. Os bastará mirarla á vuestro lado, para que, henchidos de valor, pongáis en vergonzosa fuga á vuestros enemigos, empuñando con segura mano la palma de la final victoria: *in ultimo vitæ luctamine victoriam*².

15. Más lejos todavía que su poder se extiende la misericordia de nuestra adorada madre, la Virgen del Carmelo. *Lex clementiæ in lingua eius*³: pues, traspasando los lindes de la vida terrestre, su clemencia llega hasta la región del purgatorio. ¡Es ir bien lejos! Y fuera más allí también, si en el imperio de la noche eterna hubiese sujeto capaz de aprovecharse de ella. En el purgatorio, donde todo es dolor, pues la esencia de aquel estado es la expiación pura, sin mezcla de ningún otro elemento de vida sobrenatural, cabe, no obstante, algún alivio; porque (¿adónde no llega la compasiva ternura de una madre?) cabe el alivio de María. ¿Es alguna de sus lágrimas reservada en misteriosa copa, en alguna de las *phialas* apocalípticas, la que,

¹ Cant. 6, 3.

² Quis dæmonum apud Iudicem accusare audeat, cui viderit Matrem patrocinantem? Hæc est illa virgo, qua retunduntur impetus adversantium dæmonum (*S. Petr. Dam., Richard.*).

³ Prov. 31, 26.

vertida por un ángel, apaga, siquiera momentáneamente, el ardor de aquellas llamas? Ó ¿será acaso una de aquellas gotas de la sangre de Jesús que quedaron esparcidas á millares en las piedras de las calles de Jerusalén, en las gradas del Pretorio, en los huecos del Calvario?¹ Si así es, siempre es alivio que emana de María, porque es sangre de su sangre. Bien pudiérase decir, dada la promesa de María á sus Carmelitas: *In igne purgatorii iuvamen et solatium*, que allí, en el purgatorio, vence á la justicia de Dios la misericordia de María. El Hijo se complace en ser vencido por su Madre. Y el resultado ¿cuál es? *In caelestem patriam filios... quantocius efferre*: llevarse á sus hijos lo más pronto posible, á formar su corte en la celestial morada. Diríase que María no puede estar plenamente contenta, aun en el cielo, si no se ve rodeada de sus hijos: es sentimiento propio de la madre. ¡Al cielo, pues, almas dichosas! Si entre las llamas de aquel abrasador incendio alcanzábanse á distinguir, respetadas por el fuego, las sagradas insignias de María cubriendo el pecho y las espaldas; también entre los esplendores de la gloria vense brillar, como noble divisa, los escapularios que recibieron de manos de María sus hermanos, como prendas de amor y emblemas de victoria. ¡Oh! ¡sea respetada también sobre la tierra esa preciosa librea, despreciada solamente por el mundo insensato que no comprende su valor!

16. Amor, respeto filial, confianza en María, entusiasmo generoso, culto espléndido.... Ved ahí el tributo que corresponde, por parte de hijos tan queridos, á su Madre y Soberana. ¡Reinado glorioso el que tiene por

¹ P. Faber, Dolores de María.

base el amor más entusiasta, y por ley la adhesión más pura y ardiente! Tal es el imperio que María anhela conquistar, y que felizmente ha conquistado ya sobre vosotros. Por lo demás, amadísimos oyentes, las ventajas, el honor y la felicidad, son todas nuestras. María no recibe, sino da. Y ¿pensaremos nosotros hacer mucho correspondiendo según la pequeñez de nuestras fuerzas á los dones recibidos de su mano? Pues, á esta misma correspondencia nuestra, con no ser más que el pago incompleto de una deuda, está dispuesta nuestra buena Madre á vincular inmensos bienes de toda clase, espirituales y temporales, según lo tienen experimentado siglos hace la Iglesia y la sociedad cristiana. Sábelo también por propia experiencia Colombia, donde la devoción á Nuestra Señora del Carmen es verdaderamente popular, cual ninguna otra; sábelo especialmente Bogotá, donde millares de fieles hacen gala de vestir la librea de María, y, cual verdaderos hijos, redoblan de año en año sus esfuerzos para que las manifestaciones de su devoción sean sobre manera espléndidas y dignas de su objeto. ¡Plegue á Dios que, por premio de tan noble entusiasmo religioso, se vean reformadas en todas las clases las costumbres, afianzada la paz doméstica, consolidada la tranquilidad pública, remediadas todas las necesidades, asegurada en vida y muerte la felicidad, gracia que á todos os deseo!¹

¹ Regina mundi dignissima, Virgo perpetua, intercede pro nostra salute (Eccl.).

SEGUNDO PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

(predicado en la catedral de Bogotá, el 16 de julio de 1896).

María, obra maestra del Criador.

Ego ex ore Altissimi prodivi, primogenita
ante omnem creaturam.

Eccl. 24, 5.

1. Si pudiera caber duda, respetabilísimo auditorio, sobre cuál de todas las criaturas, angélicas y humanas, ocupa el primer asiento en el inmenso teatro de la creación, la festiva solemnidad que celebramos en este gran día con la pompa ya antigua y siempre nueva (permitidme parodiar á San Agustín), bastaría para sacarnos de ella, quedando para siempre resuelta la cuestión. ¡Magnífico golpe de vista el que hoy presenta esta grandiosa basílica, más orgullosa por las eminencias que la han ilustrado que por la altivez de sus arquerías y la arrogancia de sus bóvedas! ¡Bellísimo espectáculo el que hoy se ofrece á los ojos del piadoso concurso que ve desde las anchas puertas del gran templo, ricamente decorado, alzarse allá en el fondo, en artístico trono de luz, oro y selería, la imagen de Aquella que, siendo imán irresistible de los corazones, es foco á do convergen todas las miradas, y objetivo donde se reúnen todos los afectos; la imagen, digo, de la gloriosísima Virgen, Nuestra Señora del Carmen. ¡Qué afán, no visto en otros días, el que hoy agita á millares y millares de fieles por honrar á Aquella que nadie puede dignamente honrar, á la augusta Virgen, en su popular y dulcísima advocación! ¡Qué flujo y reflujo de personas de toda condición, edad y sexo, desde las más humildes hasta las más encumbradas en